



El fluir de la Palabra

CONFERENCIAS 2021-2022

Mario López Barrio, SJ

Mario López Barrio, SJ

El fluir de la Palabra

Conferencias 2021-2022

|

•
•
•
•



El fluir de la palabra. Conferencias 2021-2022 / Mario López Barrio, SJ. Torreón, Coahuila, México: Universidad Iberoamericana Torreón, 2022.

1.Espiritualidad. 2.Biblia 3.Vida espiritual.

BX 2350 65 L66 2022

UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA TORREÓN
Juan Luis Hernández Avendaño
Rector

Armando Mercado Hernández
Director General Académico

Gustavo Antonio González Castañeda, SJ
Director General del Medio Universitario

Edición: Jaime Muñoz Vargas

Fotografía de solapa: Juan Manuel Rodríguez Mendoza

El fluir de la Palabra. Conferencias 2021-2022

Formación Universitaria y Humanista de La Laguna, A.C. (Universidad Iberoamericana Torreón). Calzada Iberoamericana 2255. Ejido la Unión, Torreón, Coahuila. C.P. 27420.

Primera edición, Torreón, noviembre de 2022

Primera reimpresión, abril de 2024

©Mario López Barrio

Impreso en México

PRÓLOGO

ZAIDE PATRICIA SEÁÑEZ MARTÍNEZ

Agradezco sinceramente a Mario López Barrio, S. J. por invitarme a ser parte de *El fluir de la Palabra*, obra que abona a su generoso legado literario. Este libro está integrado por cuatro reflexiones en las que nos invita a ocuparnos de nuestro corazón, reflexionar en dónde lo tenemos puesto y cómo podemos nutrirlo. Propone aventurarnos en una relación personal con Jesús y vivir la experiencia profunda de su amor, dejarse llevar por el Espíritu. Si hubiera una palabra para resumir qué intenta decirnos Mario sería *aggiornamento*, término definido por él mismo como “el deseo de rejuvenecer el corazón y el estilo de vida”.

En el primer ensayo, “¿No sentíamos arder el corazón?”, el autor resalta que el método seguido por san Ignacio conduce a vivir una experiencia inspirada en el conocimiento interno de Jesús. Da pistas sobre cómo se debe hacer la lectura de la Escritura si queremos sentir la palabra de Dios profundamente, es decir, hasta que nos haga arder el corazón.

En el segundo texto, “La aventura de ser creyente”, revisa algunos factores y estilos de vida que obstaculizan la fe. La lectura interpela los diversos conceptos de Dios que vamos adaptando a nuestras vidas, o bien, a sacarlo de ellas por estar pasado de moda. Plantea varias concepciones de lo que es la fe y cómo ésta impacta positivamente nuestra

existencia. Me llamó la atención la propuesta sobre la tarea de las universidades para combatir el analfabetismo cristiano y transformar vagabundos (personas desesperanzadas) en peregrinos creyentes y felices. Las instituciones dedicadas a la formación integral de las personas deben promover la alegría por la vida como regalo de Jesús Resucitado.

El texto que más he disfrutado es “Estrenar un *corazón nuevo*”, pues es una invitación a regresar a la casa paterna, a sentir la experiencia de ser perdonados por el Dios del amor; en este caso, la parábola del hijo pródigo sirve de ejemplo para entender el mensaje. Deja claro que el camino hacia la fe no es fácil, pues siempre hay luces y sombras. El Espíritu necesita de nuestra colaboración para poder actuar, pues la conversión es un proceso individual que debe desearse profundamente. Necesitamos poner silencio al ruido interno —quizás más ensordecedor que el externo— para dejarnos conducir por el Espíritu.

Vivir la experiencia de los Ejercicios Espirituales permite hacer conciencia sobre nuestro estilo de vida y la fe en la que está puesto el corazón. En la cuarta reflexión (“La dimensión de la alegría”), el autor cita algunas virtudes que son reflejo de la resurrección de Jesús en la vida humana e inicio de un nuevo estilo de vida. Son la paz interior, el silencio, la contemplación, el saber escuchar, la sencillez de vida, la humildad del corazón, la esperanza y la gratitud. Un cristiano alegre es un cristiano confiado en que el Señor vendrá de nuevo.

Nuevamente quiero agradecer al padre Mario la oportunidad de sumergirme en estos textos que, como la experiencia de los Ejercicios Espirituales, cuestionan mi fe para que pueda madurar. Los cuatro ensayos se distinguen por un lenguaje sencillo, por los ejemplos de la vida cotidiana

que nos brindan y por la nobleza de espíritu del autor. Son textos que no perderán vigencia, pues siempre será pertinente volver a ellos, sobre todo cuando la desesperanza nos aceche. Sin miedo, con alegría, aceptemos el *aggiornamento*.

TORREÓN, COAHUILA, A 2 DE SEPTIEMBRE DE 2022

“¿NO SENTÍAMOS ARDER EL CORAZÓN?” (Lc 24,32)

La experiencia de fondo en los EE ignacianos

I. Ir a las fuentes

La celebración del Año Ignaciano ha sido una inspiración en nuestro camino. Nos hemos detenido sintiendo, francamente, un llamado: somos invitados a renovarnos, a abrir la mente y el corazón a la Luz que viene de lo alto. Sobre todo, a renovar el entusiasmo en nuestra misión. En este momento de la historia, el recuerdo de Ignacio, en su conversión, es un verdadero motivo de aliento. La bruma, si no es que la tiniebla que nos rodea, entre las preocupaciones y problemas de estos momentos, puede apagar y erosionar lo que va quedando de brillo en nuestro servicio de cada día. Es necesario recobrar el oxígeno de la alegría del Espíritu.

Un motivo de nuevo vigor ha sido, sin duda, en los últimos años, el movimiento de retorno a la Escritura suscitado por la gran explosión del siglo XX en la Iglesia con el Concilio Vaticano II. El mundo cristiano sintió la conmoción. La voz potente del Espíritu, a través del papa Juan XXIII, lo sacudía y lo invitaba a un *aggiornamento*: a rejuvenecer el corazón y el estilo de vida. En la Iglesia, todo parecía envejecido, sin atractivo. Era como una casa cerrada, sin luz y sin oxígeno. Urgía encontrar una nueva juventud y, para eso, regresar a las fuentes. Nos sentimos atraídos hacia esa nueva sintonía. Después de medio siglo, a pesar de los avances, reconocemos que todavía queda mucho por hacer.

La Palabra de Dios, después de un exilio que duraba ya siglos, ha reencontrado su centralidad en la vida de la Iglesia. Los creyentes descubrieron la Palabra de Dios después del destierro en que habían vivido. Hoy asistimos, con gratitud, a una epifanía de la Palabra de Dios en las comunidades cristianas.

Para nosotros, la familia ignaciana, la experiencia de los Ejercicios Espirituales (EE) ignacianos ha sido siempre el paradigma que tenemos ante nuestros ojos, como nuestra fuente de inspiración. Sin embargo, hemos ido descubriendo que, como raíz, *principio y fundamento*, de los EE mismos, tenemos que poner atención a un paso previo: la Sagrada Escritura. Ignacio transmite lo que él vivió: una experiencia inspirada en el *conocimiento interno del Señor Jesucristo, para más amarlo y servirlo*. Pero ¿cómo entrar a este conocimiento sin la Escritura?

Durante mucho tiempo, la Biblia fue un campo inalcanzable para el pueblo cristiano. Parecía un “jardín cerrado”. Sólo era asequible al clero, pero los clérigos mismos apenas si leían algo de ella. La Palabra de la Escritura ni siquiera llegaba a la piedad popular, que se nutría de prácticas tradicionales; pero tampoco tenía gran influjo en la formación cristiana, por mucho tiempo basada en una catequesis centrada en memorizar verdades dogmáticas o morales, con escasa o nula explicación, por tanto, con una pobrísima comprensión. Cuando se fue secularizando el mundo tradicionalmente creyente, lo que se había asimilado se fue esfumando. Fue necesario el soplo del Espíritu, que abrió las puertas al gran horizonte de la Palabra de Dios contenida en la Sagrada Escritura.

Hemos sido testigos, en estos últimos años, de la creación de institutos y centros donde han comenzado a ofre-

cerse programas de estudios bíblicos, y de la promoción de círculos o grupos, de corte pastoral popular, donde se ha comenzado a leer y estudiar lo que se ha llamado “el gran Códice de Occidente”: la Biblia. La Palabra bíblica ha ido abriéndose paso, si bien lentamente, en la conciencia de familias y comunidades, que han comenzado a nutrirse de su savia y de su luz.

Esos pequeños núcleos representan una esperanza de lo que puede llegar a ser la nueva comunidad eclesial, que no espera ya definirse desde las grandes estadísticas de la visión triunfalista de años pasados, donde se englobaban multitudes de cristianos que, más que discípulos de Jesús, eran miembros inscritos en listas parroquiales, con una identidad muy superficial en cuanto a un compromiso personal con el mundo y, desde luego, en la propia vida en el Espíritu. Su conocimiento de Jesucristo era pobrísimo. ¿Cómo podría haber vida espiritual sin este respirar la Palabra día y noche? (E. Bianchi).

En esta nueva situación del mundo, marcada fuertemente por el signo de la indiferencia religiosa, es urgente la presencia de una comunidad cristiana viva, diferente a la que hemos conocido en los últimos años. Nos urge una comunidad con la característica de ser “luz del mundo” y “sal de la tierra”. Nos habíamos acostumbrado a grupos centrados en el culto litúrgico, sin brillo ni atractivo, anclados en prácticas sacramentales vacías, con poca proyección en el mundo de los pobres, salvo, desde luego, notables excepciones.

En el futuro próximo, que prácticamente está ya presente, la nueva comunidad de creyentes (que representará la nueva forma de ser Iglesia) será conformada por personas profundamente convencidas de su fe, con un conocimiento íntimo del Señor Jesús y de su Evangelio, que viven

la experiencia de Dios y, por tanto, que practican la oración personal. La perspectiva será no ya la de la multitud, que descansaba en los números de adeptos (la estadística), sino la formación de auténticos discípulos de Jesús. Es decir, la aceptación realista de la pequeñez de la semilla, desde la que brota el Reino. La época de las visiones grandiosas y triunfalistas quedó atrás. Como Iglesia, debemos prepararnos a un tiempo de anonimato, de trabajos de apariencia modesta, pero desde una convicción personal muy honda.

A esto nos debe conducir la espiritualidad ignaciana. Descubrir el Tesoro escondido y la Perla de gran valor: ¡ese es el camino! La riqueza de la Palabra en la Sagrada Escritura para que podamos vivir la experiencia del Espíritu. Sin esta experiencia, seguimos siendo habitantes del mundo de la especulación, encerrados en técnicas y prácticas estériles. Condición necesaria para leer con fruto la Palabra de Dios y poder acceder a su significado: ¡la conversión del corazón!, un estilo de vida en *sintonía* con el Evangelio de Jesús. El de corazón limpio, según la bienaventuranza, es feliz, porque puede “ver a Dios” (puede vivir la experiencia de Dios). El conocimiento verdadero del texto bíblico es accesible sólo a quien vive en afinidad con este texto. Para pasar a la inteligencia espiritual es necesario aprender a caminar en “una novedad de vida” (Rom 6,4).

II. La lectura creyente de la Escritura

¿Cómo acercarnos a la lectura bíblica? ¿Con qué método o guía? Diversas metodologías de aproximación a la Biblia, implementadas por las diferentes escuelas exegéticas, han sido propuestas a lo largo de los últimos años como fruto de la investigación. No es el momento de recorrer y expli-

car estas corrientes, pero sí conviene señalar que lo que nos ayuda, en último término, es la convicción de que debemos llegar a una *lectura creyente de la Escritura*, y no quedarnos en la lectura llamada “científica”, satisfecha con un análisis del texto, de supuesta alta calidad literaria, filológica, histórica, pero sin conexión con la vida. Parece ignorar que se trata de un texto inspirado a través del cual nos habla el Espíritu. Si nos contentáramos con este enfoque “científico”, podríamos hacer un estudio tal vez erudito, pero absolutamente estéril para nuestro ser creyente. Con frecuencia sucede, entre los estudiosos de la Biblia, que dedican a su lectura más esfuerzo especulativo y discusión que meditación y oración. Se olvida que el mensaje bíblico no se capta sólo con la razón, sino, sobre todo, con el corazón, donde se *siente más en vivo la consolación de la Palabra*: “¿No ardía nuestro corazón, cuando nos explicaba las Escrituras?”

Por eso, la *lectura creyente* de la Biblia es *lectura orante*, que se integra en el conjunto más amplio de la realidad, de la historia, de la tradición y de la Iglesia. Pero tenemos que cultivar la pedagogía del silencio como un “clima” de la comunicación de Dios con nosotros.

De una ausencia casi total de la Biblia en la vida eclesial se ha pasado a una novedad en los últimos años: en primer lugar, ¡el reencuentro de los pobres con la Palabra de Dios! concretamente en América Latina. Después, el uso general en oraciones, discursos, retiros, reuniones, encuentros, celebraciones litúrgicas diversas, teatro, música, relatos.

Hasta hace no muchos años, los Ejercicios Espirituales se hacían con la base casi exclusiva de los escritos del fundador o fundadora de una congregación religiosa. Después de la *Dei Verbum* no se concibe ya esta práctica, sin una fuerte inspiración de los textos bíblicos. Lo que era una realidad misteriosa

y lejana ha comenzado a ser parte importante en la vida de muchos cristianos, concretamente, de muchos pobres.

Especialmente en tiempos de innovación, de grandes cambios, de progreso tecnológico, pero también de confusión, tenemos que aprender a “escuchar la voz del Señor” (Sal 95,7). Vivimos en una condición de desafío. Conviven situaciones de gran progreso científico y tecnológico con el caos y la degradación que crece hasta llegar a un nivel increíblemente inhumano: violencia, pobreza, tráfico de personas, inseguridad.

La esclavitud de Babilonia, acompañada de enorme sufrimiento y humillación, representó un tiempo en que daba la impresión de que todo estaba perdido. “¡Dios nos ha abandonado!”, parecían decir los sobrevivientes. Pero no fue así. Él seguía estando presente con el mismo amor de siempre (Is 49,15), no sólo en el pueblo, sino en el mundo circundante. Pero al pueblo le faltaban ojos para verlo (Is 42,18-20). Tuvo que pasar algún tiempo para que el pueblo fuera comprendiendo que esa crisis lo iba a llevar a la purificación y a un renacimiento.

La experiencia de Dios concede ojos nuevos para releer y entender mejor lo que Dios ha realizado en el pasado. Los hechos violentos del exilio, además de sacudir al pueblo, lo dispersaron por el mundo, como la semilla que lleva el viento, y lo prepararon para su nueva misión: ser “luz de las naciones” (Is 42,6; 49,6).

La lectura orante nos ayuda a captar la novedad de Dios presente en la historia; a verbalizarla y transformarla en buena noticia para el pueblo; a encarnarla y expresarla en nuevas formas de vida, de modo que, a través de ella, el pueblo pueda percibir, nuevamente, el murmullo del Espíritu, que lo va fortaleciendo para la misión. Podemos de-

cir que los tres polos inseparables son: nueva experiencia de Dios, nueva lectura del pasado, nueva conciencia de la realidad.

Pero no siempre es un proceso fácil, como vemos en la misma vida de Jesús. El conflicto que él vivió con las autoridades religiosas de su tiempo se explica por la diversa interpretación de la Escritura. Jesús encontraba en ella luz para orientar su misión, mientras que las autoridades defendían, con pretexto de ortodoxia, una interpretación rígida, inhumana y anticuada para asegurar su continuación en el poder. Y así, la Escritura, fuente de luz y de paz, puede generar conflictos si no se la sabe interpretar.

En el uso de la Biblia, en la que releía el pasado, Jesús despertaba la memoria del pueblo, que decía: “Este es en verdad el profeta que debía venir al mundo” (Jn 6,14). De por sí, la Biblia por sí misma no abre los ojos, pero hace “arder el corazón” (Lc 24,32), suscita valor en lugar de miedo, regreso en vez de fuga, fe en vez de desconfianza, esperanza en lugar de desesperación. En resumen, vida en vez de muerte.

III. Algunos elementos de luz

1. Puesto que Dios usa, en la Biblia, un lenguaje humano para comunicarse con nosotros, *la lengua de la Biblia debe ser interpretada* de acuerdo a los criterios utilizados para interpretar las lenguas humanas: crítica literaria y filológica, investigación antropológica, histórica, etnología, arqueología, etc. (DV 12). Debemos estar en alerta contra el fundamentalismo, que, como un virus, sigue presente entre algunos de nuestros contemporáneos. Es una verdadera tentación: ausencia de conciencia crítica, separación del texto de la vida y de la historia del pueblo; lo absolutiza,

como si fuera la única manifestación de la Palabra de Dios, e ignora la voz de Dios en la historia; nutre el moralismo y el espiritualismo en la interpretación.

Decía Casiano que la percepción del sentido del texto no viene del estudio, sino de la experiencia que nosotros mismos tenemos de la vida. Una palabra de amor despierta las fuerzas, libera energías, recrea la persona. En la meditación de la Palabra de Dios, el corazón humano se dilata hacia la dimensión de Dios mismo, que pronuncia la Palabra.

2. Por un lado, la Biblia ayuda a comprender y profundizar lo que estamos viviendo en Cristo. Por otro, *nuestra vida y práctica cristiana* nos ayudan a comprender mejor el sentido cristológico de la Escritura. La interpretación de la Palabra de Dios no debe ser una tarea específica del exegeta, sino una actividad comunitaria en la que todos, en sus posibilidades, contribuyen en esta actividad.

3. La Biblia es un conjunto en el que cada libro y cada frase tienen su lugar y su función para revelarnos el proyecto de Dios. El principio de *la unidad de la Escritura* prohíbe aislar los textos, extrapolarlos de su contexto y repetirlos como verdades aisladas y absolutas. Una cosa importante: *el descubrimiento del texto no depende sólo de la fuerza de la inteligencia, sino también de la acción del Espíritu, que se consigue sólo con la fuerza de la oración* (Lc 11,13: *Pues si ustedes, aun siendo malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, ¡cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan!*).

San Jerónimo estaba plenamente convencido de que “no podemos llegar a comprender la Escritura sin la ayuda del Espíritu Santo que la inspiró” (*Epistula 120,10*). Cuando se debilita en nosotros la conciencia de la inspiración, se corre el riesgo de leer la Escritura como objeto de curiosidad histórica y no como obra del Espíritu Santo.

Para superar la idea de un conocimiento teórico, con la lectura bíblica, el Prólogo de la 1ª. Carta de S. Juan nos previene: *Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y palparon nuestras manos acerca de la Palabra de vida os lo anunciamos* (1,1). Se trata de una experiencia, no de una enseñanza teórica.

En los Salmos encontramos toda una gama de sentimientos que el hombre experimenta en su propia existencia y que se exponen sabiamente ante Dios: alegría y dolor, angustia y esperanza, temor y temblor...

4. Tanto en el AT como en el NT, se describe *el pecado como una falta de escucha de la Palabra de Dios*, como ruptura de la Alianza y como cerrazón a Dios, que nos llama a la comunión con Él.

5. Donde no hay una referencia constante a la Biblia se propicia un ambiente en que nacen *aberraciones*: formas de piedad sentimental, aridez del pensamiento teológico reducido a especulación intelectual, el traslado del interés y de la atención hacia aspectos secundarios del mensaje cristiano, el asentamiento del individualismo y la pérdida del sentido comunitario.

6. La Palabra de Dios no es sólo un libro o una colección de escritos, sino una *semilla* (Mt 13,19) que contiene la vida en sí (Dt 32,47) y que desarrolla esta vida hasta crear el gran árbol del Reino. Sobre la experiencia de la Palabra, la Biblia se expresa no sólo como audición, sino también como *visión*: “Tus ojos *han visto* las palabras”: Dt 4,9; “*Visión de la Palabra de Dios* tenida por Isaías”: Is 2,1. La Palabra se ve dentro de nosotros mismos, si la acogemos con fe.

7. Más que un documento, *la Palabra en la Escritura es el sacramento visible del Verbo*.

8. Es *condición necesaria dejarse a sí mismo*. No podemos prestar oído a la Palabra de Dios si no silenciamos lo profundo de nosotros mismos. No podemos ponernos a leer si el centro de nuestra atención sigue siendo nuestro yo.

Conclusión

El hombre sin esperanza es como una casa fría en invierno. No podemos habitarla así. Necesita calentarse. Pero ¿cómo ser felices en situaciones inhumanas? Necesitamos que el Señor venga y haga “arder el corazón” de nuevo. Que venga a explicarnos la Escritura. De ahí nuestro esfuerzo por permanecer en la Palabra: “Si permanecen en mi Palabra serán verdaderamente mis discípulos, y conocerán la verdad, y la verdad los hará libres” (Jn 8,31-32). Permanecer en la Palabra es quedarse junto a Cristo para llegar a ser sus discípulos con aquella convicción de Pedro, cuando Jesús les preguntó, seguramente entristecido, al ver que muchos lo abandonaban: “¿También ustedes se quieren ir?” (Jn 6,67), él dijo, representando a los pocos que se habían quedado: “Señor, ¿a quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna” (Jn 6,68). “No la erudición, sino la unción; no la ciencia, sino la conciencia; no el papel, sino la caridad deben ser los maestros de la *lectio divina*” (Francisco de Siena).

UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA TORREÓN, 7 DE OCTUBRE DE 2021

LA AVENTURA DE SER CREYENTE

¿Podemos creer todavía?

Presentación

El tema de la fe no puede sernos indiferente a nosotros, miembros de una universidad de inspiración cristiana. En torno nuestro, últimamente vemos sucederse muchos cambios que tienen que ver con lo que llamamos “fe”.

La pregunta sobre Dios sigue inquietando hoy. Ya Dostoyevski se preguntaba: “¿Es posible creer para un hombre civilizado?” En el mundo occidental se está imponiendo una grave situación de indiferencia en los temas religiosos. Lo que hasta poco se debatía, hoy sencillamente se ignora. No interesa. Al mismo tiempo, en lo privado de muchas historias, personales y familiares, se respira un miedo al futuro; van quedando muchas preguntas sin respuesta. Instituciones que ofrecían seguridad parecen hoy edificios en ruinas. El panorama sombrío mundial nos obliga a preguntarnos si hemos encontrado nuestro lugar en la vida.

La fe es una aventura. Siempre lo fue y lo sigue siendo. Creer es un salto al misterio, un caminar entre luces y sombras. Nunca en la certeza absoluta. Nos situamos ante el misterio de Dios, con humildad, y ante el misterio de nosotros mismos, con respeto. Ya el filósofo Heidegger había escrito:

Ninguna época como la nuestra ha logrado presentar su saber en torno al hombre de modo tan eficaz y fascinante,

y a comunicarlo en modo tan rápido y fácil. Pero también es cierto que ninguna época ha sabido menos que la nuestra qué cosa sea el hombre.¹

La elaboración de esta reflexión nace de un interés personal, aunque es común a amigos míos. Quiero sencillamente compartirla sin afán de imponer juicios o criterios. Al escribir estas líneas tengo presentes a hombres y mujeres que enfrentan los retos de cada día en la vida ordinaria de este planeta, con sus alegrías y sufrimientos. Quiero evitar todo tipo de polémica. No pretendo hacer ninguna crítica o juicio contra nadie.

En lo que aquí expongo me estoy refiriendo al mundo occidental, pues no tengo conocimiento ni experiencia suficiente del Oriente ni de los países africanos.

Antes de comenzar, como punto de partida, adelanto dos textos que despiertan en mí la confianza; uno del Evangelio de San Juan: *He venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia* (10,10). Y el otro de San Pablo, en la carta a los Romanos: *el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado* (5,5). Dos textos que ofrecen esperanza, en contraste a esa realidad sombría que parece reflejar una humanidad sin Dios.

LO QUE HOY PRESENCIAMOS

En el mundo

Asistimos hoy a un abandono masivo de la fe. Pero ¿es realmente “abandono de la fe”? El asunto es más complejo de lo que parece. (Lo que venimos experimentando, en los úl-

¹ M. HEIDEGGER, *Kant e il problema della metafisica*, Silva, Milano 1962, 275-276.

timos 50 años, es una *oleada de secularismo*, que no se debe confundir con la secularización).²

El abandono no es tanto “de la fe”, sino de ciertas prácticas religiosas, no siempre signo de una vida creyente. Por este “abandono” se está entendiendo un estilo de vida al margen de la práctica religiosa tradicional. Lo que puede ser grave es que Dios haya sido eliminado, porque entonces *el hombre se convierte en “una pregunta sin respuesta, un caminar hacia ninguna parte”*.

La increencia va siendo una característica social en aumento entre familias de países de tradición cristiana. *Para muchos hombres y mujeres de la actualidad, el mundo religioso tradicional ha dejado de ser un lugar de encuentro con Dios. Y muchos concluyen: “Ya no creo en Dios”. La fe ha perdido su brillo y su encanto. El habitante de este tipo de mundo no está con Dios ni contra Dios, simplemente sin Dios. Algunos de estos hombres y mujeres viven como vagabundos on the road, sin una meta a dónde dirigirse, en un éxodo sin tierra prometida (Gianfranco Ravasi).*

Estamos en lo que se llamó “la muerte de Dios”. Se dejó de hablar de Dios. El influjo de los *mass media* ha sido definitivo. Para muchos de nuestros contemporáneos, la

² Ya el papa Pablo VI, en la *Evangelii Nuntiandi*, había hecho la distinción: “(...) la secularización (...) es el esfuerzo en sí justo y legítimo, para nada incompatible con la fe o con la religión, de descubrir en la creación, en cada cosa y en cada evento del universo, las leyes que lo rigen con una cierta autonomía, con la íntima convicción de que el Creador le ha puesto estas leyes (...) El secularismo [en cambio] es una concepción del mundo en la que éste se explica por sí mismo sin que sea necesario recurrir a Dios, que llega a ser de este modo superfluo y estorbo”: EV/5, 1073.

religión se convirtió en una lengua extraña, lejana, sin interés.³

A esta situación se añade el influjo de la llamada *civilización de la superficialidad*, que conlleva un grave descuido en la atención a la propia interioridad. Además, sufrimos el peso destructivo de *la cultura del consumo y de la prisa*, hermana de la superficialidad.

En los últimos cuarenta años, gran parte de la humanidad *ha aprendido a vivir sin Dios. Dios no es ya necesario*. Es un asunto de sacerdotes y monjas. *Dios es el ilustre olvidado* de la época actual (Houtepen 2001). Hace poco apareció un escrito en dos autobuses en Génova, que decía: “La mala noticia es que Dios no existe. La buena es que no tienes necesidad de él”. Y un letrero en una iglesia de Venecia: “Cerrado por falta de fieles”.

El hombre de hoy sencillamente se sumerge en el fragmento del vivir de cada día, sin visiones ni proyectos de alcance universal. Le interesa simplemente el encierro en su mundo pequeño de cada día.

Modernismo y postmodernismo

Si es cierto que el hombre de hoy, “postmoderno”, ha abandonado la fe tradicional, podemos preguntarnos: ¿cuál es el Dios que rechaza este hombre postmoderno? Muy probablemente se trata de una imagen falsa de Dios: lo que se rechaza es un Dios severo, distante y abstracto.

Este Dios rechazado por ciertos ateos no tiene nada de la belleza del Dios de la revelación bíblica. Es una triste caricatura de Aquel. El hombre postmoderno está inmerso acriticamente en una visión de la vida materialista y con-

³ J. A. PAGOLA, *Es bueno creer en Jesús*, San Pablo, Madrid 2012, 122.

sumista, como un sujeto pasivo, condicionado por las ofertas del mercado, sin capacidad para juzgar. Vive centrado y satisfecho con el gozo del momento presente, sin ninguna visión de futuro.

En la religión de Occidente

La imagen de Dios que hemos transmitido en Occidente, tenemos que reconocerlo, no ha sido atractiva: un Dios absoluto, omnipotente, distante del mundo y del hombre.

¿Qué estamos entendiendo cuando hablamos de la “fe”? No ciertamente una serie de reflexiones teóricas, sino más bien *el despertar de una relación*. Una relación especial, que implica la persona en su totalidad de mente y corazón. “La fe —dice Enzo Bianchi— es una *adhesión*”.

Podemos distinguir *diversos tipos de actitudes* en relación con la fe: los que han abandonado la práctica de los sacramentos; los que “se alejan” de todo lo religioso; los que rechazan a la Iglesia y sus representantes; los que rechazan a Dios.

Además, se ha hecho un divorcio entre las prácticas religiosas y el servicio a los demás. Si han abandonado la fe, es porque *nunca experimentaron a Dios como fuente de vida y de verdadera alegría*.

Tal vez lo más grave en el hombre de hoy sea la pérdida de la esperanza. Un autor contemporáneo escribía: “El siglo XX será conocido como un enorme cementerio de la esperanza”.⁴ La vida sin esperanza es aquella sin horizonte, sin visión de futuro, volcada en el presente, la de alguien que camina sin saber a dónde va. Es la experiencia del *vagabundo* (el que camina sin rumbo), que quisiéramos se transfor-

⁴ GONZÁLEZ-CARVAJAL, *Ideas y creencias del hombre posmoderno*, RyF 1121 (1992) 259.

mara en *peregrino* (el que tiene una meta, y mientras hace el camino, se va transformando). Podríamos definir nuestra identidad universitaria, dentro de la gran tarea de humanizar, desde la misión de transformar al hombre de vagabundo en peregrino.

Este nuevo estilo de vida es la cultura del *wellness*, que ofrece otros dioses: éxito, deporte, sexo, seguridad en formas superficiales. Se trata de un humanismo radicalmente nuevo, que está teniendo un impacto inmenso.

Es muy frecuente, entre gente de alto nivel de educación, encontrar un tipo de ateísmo: toda clase de misterio más allá de los sentidos es imposible de comprender, y por tanto, de aceptar. Inclusive hay quien sostiene que mientras más educada sea una persona, hay más probabilidad de que no crea en Dios.⁵

La propuesta cristiana de un Mesías pobre y humillado, que muere en la cruz, no resulta fácil ni espontáneamente aceptable: *Si alguno quiere ser mi seguidor, deberá negarse a sí mismo, tomar su cruz y seguirme, pues quien quiera salvar su vida, la perderá, y quien pierda su vida por mí, la encontrará* (Mt 16,24-25).

Es muy sabido el efecto que causa, en una sociedad, el cambio del nivel económico. Este fenómeno es muy claro en los países del llamado “primer mundo”. De una sociedad rural, donde la Iglesia había tenido un amplio influjo, se ha pasado a la nueva sociedad industrial y postindustrial, de las tecnologías avanzadas, donde el mundo de la religión tradicional ha sido progresivamente abandonado y sustituido.

⁵ Cfr., por ejemplo, S. BULLIVANT, *Faith and Unbelief*, Paulist Press, New York 2013, 25.

Es el reino de la cultura narcisista, que va convirtiendo al hombre en un *hombre light*,⁶ como los productos ligeros de calorías. Este hombre “formado” por la cultura televisiva se ha ido convirtiendo en un “bárbaro-civilizado”.⁷

Cuando se discute sobre un tema religioso, suelen tocarse diversos puntos: la crítica a la jerarquía, a la Iglesia rica, a los curas pederastas, etc. Pero raramente, *muy raramente se oye un discurso sobre la persona de Jesús. Jesucristo pasó a ser un perfecto ausente* en la conciencia de nuestra gente.

En algunos países de honda tradición cristiana se registra hoy un “neopaganismo”. Un ejemplo es el de aquel grupo de alemanes, en una ciudad del norte de su país, que entraban a una iglesia hablando en voz alta, como quien entra a un museo. Uno preguntó, cuando llegaron ante el crucifijo: “Y éste, ¿quién es?” “No sé —respondió otro—, tal vez Espartaco”.

Vivimos hoy un *analfabetismo del cristianismo*. Pocos saben explicar qué creemos y por qué. Aquella recomendación de S. Pedro: *den culto al Señor, Cristo, en sus corazones, siempre dispuestos a dar respuesta a todo el que les pida razón de su esperanza* (1Pe 3,15), parece haber quedado en algo teórico.

Sabemos que la primera y más importante escuela en la transmisión de la fe es la familia. Y conocemos bien la situación de tantas familias, desnutridas espiritualmente, que no saben cómo educar a sus hijos en la fe. Ahí constatamos la actualidad del canto: “Jesucristo no se enseña: se contagia”. Me pregunto cuántos papás actuales serán capaces de ese “contagio”.

⁶ E. ROJAS, *El hombre “light”*, Madrid, 1992.

⁷ PAGOLA, *op. cit.*, 98.

En la cultura

El Concilio Vaticano II anotó muy acertadamente que *no vivimos sólo una crisis de fe, sino de cultura*. No estamos ya en el ambiente de protección, de estilo pueblerino, que parecía tener muros de contención frente a las posibles amenazas de innovaciones “peligrosas”.

El cambio cultural tan radical se siente hoy muy vivamente en la profunda transformación traída por la gran tecnología, con su enorme influjo en el universo del *entertainment* que nos ha sacudido a todos, y se siente en el seno de tantas familias. No queda ya espacio para la comunicación tranquila, para momentos de silencio y reflexión.

La relación entre fe y cultura ha sido objeto de estudios y discusiones, en los últimos años, agrupados con frecuencia en torno al término “inculturación”. Desde el principio de su historia, la fe cristiana se ha visto enfrentada por el pluralismo cultural. El hecho mismo de que los cristianos hayan escrito cuatro Evangelios y no uno solo es ya un indicio poderoso, un símbolo, de que la predicación primitiva consideraba la transmisión de la buena nueva para diferentes audiencias, con visiones variadas.

¿Qué entendemos entonces por “cultura”?

En 1982, en una conferencia internacional sobre “Políticas culturales”, en la Ciudad de México, la UNESCO ofrecía una definición, a manera de síntesis:

La Cultura, [...] es todo el conjunto de notas espirituales, materiales, intelectuales y emocionales que caracterizan una sociedad o grupo social. Ella incluye no sólo las artes y letras, sino también los modos de vida, los derechos fundamentales del ser humano, los sistemas de valores, las tradiciones y creencias (...). Es la cultura la que da al hombre

la habilidad para reflexionar sobre sí mismo. Es la cultura la que nos hace específicamente humanos, seres racionales con un juicio crítico y un sentido de compromiso moral (...).⁸

Con cierta sorpresa, descubrimos que, como una moda, hay una *ausencia de Dios en la literatura de los últimos años*. Y quizá como un reflejo de lo mismo, en el cine. En muchos films, y desde antes, en novelas, parece que Dios no existiera. Si acaso, como un objeto de crítica, sobre el que se ironiza, o sencillamente, se ignora. Ni siquiera es *combatido*, como en años pasados. *Sencillamente es ignorado*.

En la Iglesia

Se ha sufrido una decepción con la Iglesia tradicional; la educación en la fe ha sido deficiente; se han vivido y difundido experiencias negativas relacionadas con clérigos o representantes de la Iglesia o de la jerarquía.

El discurso religioso se quedó anclado en fórmulas desgastadas, sin actualidad ni atractivo alguno. La fe en Dios se confunde con la fe en la Iglesia, que no tiene respuesta a los problemas actuales; pobre en sus expresiones, moralizante y superficial. Las pésimas homilías son un triste ejemplo.

El principal y más urgente problema de la Iglesia en nuestro tiempo es la “mediocridad espiritual”, que la vuelve incapaz de escuchar el suave murmullo del Espíritu. ¿Cómo vivir realmente la fe sin sentir la alegría del Dios vivo que nos acompaña y consuela en el santuario de nuestro propio corazón?

⁸ Citado por Hervé CARRIER en: *The Church and Culture since Vatican II*, ed. Joseph Gremillion, University of Notre Dame Press, Notre Dame 1985, 19.

El ateísmo actual no es militante ni combativo, sino extrañamente pacífico. Es *una existencia soft, que viaja a través de la tecnología moderna, congregada en “las nuevas catedrales del consumismo y de la diversión”*,⁹ venerando a los nuevos ídolos de una existencia vacía.

Este ateísmo dicho “nuevo”, en realidad, es una posición superficial y débil, en comparación con las grandes figuras de ateos de gran peso, como fueron Freud, Marx, Nietzsche, Sartre. Los actuales son tristes caricaturas de aquellos.

La Iglesia sufre de una grave pérdida de credibilidad. “Como una marea baja, el cristianismo se retira de aquella Europa de raíces cristianas, con una especie de *pérdida de relevancia eclesial* a favor de una espiritualidad más individual”.¹⁰ Se continúa identificando a la Iglesia con la jerarquía, y se le ve con un rostro severo.

Nuestra experiencia personal

No porque tengamos una vocación especial dentro de la Iglesia o en la sociedad estamos exentos de las dificultades relacionadas con el creer. Nuestra posición en la comunidad no significa una armadura que nos hace invulnerables a las dudas.

Tenemos que confesar que no tenemos una respuesta para todo. Estamos expuestos a las agresiones ideológicas y no somos insensibles a los eventos de cada día. En alguna forma, el ateísmo nos amenaza a todos.

Tomás Halik, filósofo y teólogo checo, que vivió bajo el comunismo y fue ordenado sacerdote clandestinamente, estaba persuadido de que un cristiano es siempre un paga-

⁹ F. COSENTINO, *Incredulità*, Cittadella, Assisi 2017, 90.

¹⁰ A. COSENTINO, *Immaginare Dio*, op. cit. 83.

no bautizado sólo en parte. En cada creyente se encuentra un no creyente.

Si somos sinceros, encontramos que nuestra fe personal se siente a veces frágil y poco real. La fe es siempre una aventura de oscuridad y de luz. La luz de la Transfiguración en el monte Tabor y las tinieblas de Getsemaní se van alternando en la vida de los creyentes y en la historia de la Iglesia.

Con la experiencia de los años, nos vamos dando cuenta de que *la fe se encuentra obstaculizada, más por el estilo de vida que por ideas y filosofías*. Una vez se preguntaba un experto en los Ejercicios Espirituales por qué los EE no nos cambian internamente, como sería de esperarse. Y la respuesta que encontraba estaba en nuestro estilo de vida, no suficientemente coherente con el Evangelio de Jesús.

Cuando, en la segunda mitad del siglo XX, en América Latina se comenzó a constatar que grandes grupos de hombres y mujeres abandonaban la Iglesia, surgió la pregunta del por qué de ese fenómeno. Se tuvo que admitir que el estilo de vida de los católicos había ignorado la vida real del pueblo sencillo, sometido a una pobreza deshumanizante. Un contraste escandaloso que resultó devastador en la práctica creyente.

La fe misma

El papa Francisco, en el discurso reciente a la Curia Romana, como Felicitación Navideña (dic. 2017), decía:

Comencé este encuentro hablando de la Navidad como la *fiesta de la fe*, ahora quisiera concluirlo evidenciando que la Navidad nos recuerda que una fe que no nos pone en crisis es una fe en crisis; una fe que no nos hace crecer es una fe que debe crecer; una fe que no nos interroga es

una fe sobre la cual debemos preguntarnos... En realidad, una fe solamente intelectual o tibia es sólo una propuesta de fe que para llegar a realizarse tendría que implicar al corazón, al alma, al espíritu y a todo nuestro ser, cuando se deje que Dios nazca y renazca en el pesebre del corazón, cuando permitimos que la estrella de Belén nos guíe hacia el lugar donde yace el Hijo de Dios, no entre los reyes y el lujo, sino entre los pobres y los humildes.

La fe es una relación personal, la experiencia de un encuentro entre nuestra libertad y el don de Dios, gratuito y salvífico.

La religión auténtica no es una teoría, sino una aventura: la de irnos haciendo libres, tratando de conservarnos y de madurar en el amor, el verdadero espacio donde el Espíritu nos alcanza en lo profundo y nos transforma.

El creyente

El verdadero creyente sabe que, mientras transcurre su camino, al mismo tiempo experimenta la alegría de la presencia divina y la fatiga de la oscuridad y de la duda.

Bruno Forte, obispo y teólogo, confiesa que él despierta cada mañana como un ateo, y sólo gradualmente asciende a la fe. Ve al creyente como un peregrino nocturno, inquieto, en búsqueda de la verdad.

Todavía B. Forte, añade:

Por eso, el creyente no es en el fondo más que un pobre ateo, que cada día se esfuerza por comenzar a creer... La fe es un continuo convertirse a Dios, un continuo entregarle el corazón, comenzando cada día, de modo nuevo, a vivir la fatiga de creer, de esperar, de amar.

Para Bernard Lonergan, *la fe consiste en la percepción de la sinfonía del amor propio de Dios*. Y lo increíble es que podemos llegar a esa percepción, si aceptamos entrar en “el fluir de esa música”.

Karl Rahner es considerado un “teólogo subterráneo”, porque pone atención al Espíritu que trabaja en nuestro interior, a niveles más profundos de aquellos de los credos y conceptos.

Rahner hablaba de los “cristianos anónimos”, los que no se confiesan tales; sin embargo, por lo auténtico de su vida, son tal vez mejores cristianos que los “oficialmente” reconocidos como tales, aunque vivan en el anonimato.

Santo Tomás comienza su obra magna afirmando que de Dios podemos sólo saber “que es”, pero no podemos saber “qué es”.

Reconocemos que Dios seguirá siendo un Misterio, que nos rebasa totalmente. Es “el Dios sin Nombre”, pero al mismo tiempo el Dios “con rostro humano”. Desde los pobres, los enfermos y los abandonados de la tierra se convierte en una “voz” más que en una imagen (que sería siempre un ídolo).

El creyente sincero se confiesa humildemente como un hombre en camino, siempre en búsqueda de la verdad, porque él mismo debe responderse preguntas y clarificar su propio camino de fe.

*Caminos hacia el encuentro*¹¹

El momento presente es un desafío notable para nosotros: sigue viva la tentación de aprisionar la fe en proposiciones doctrinales y frías, que no hacen *arder el corazón*.

¹¹ Si la falta de fe puede indicar una confusión, un caminar sin rumbo, hace falta el encuentro: consigo mismo, con el mundo, con los demás, con Dios.

Lo humano es el camino hacia el cristianismo. Un camino de conversión. La expresión del pensamiento pierde su valor cuando olvida lo humano (papa Francisco).

En realidad, entre todas estas tareas, lo que deberíamos atender con más cuidado es, en el fondo, la *conversión de nosotros mismos*. Antes de buscar técnicas, debemos cultivar nuestra propia vida cristiana para ofrecer un testimonio creíble. Tenemos que crear un programa de formación para nosotros mismos, que nos capacite para dar razón de nuestra esperanza (por ejemplo, lectura de la SE, de buena literatura).

El compromiso social

Hay una actitud humana que es camino seguro al encuentro con Dios: el compromiso por la justicia, por lograr un mundo más humano. Que Dios existe significa que es posible construir un mundo más humano, más libre, más justo.

La grave situación de injusticia social que desgarra hoy a la humanidad, concretamente, en los países del Tercer Mundo, nos cuestiona seriamente. ¿Cómo vivir tranquilos, mientras tantos hombres, mujeres y niños mueren de hambre o sobreviven en situaciones absolutamente inhumanas e intolerables?

Algunas acciones concretas

Acercándonos a la conclusión, nos preguntamos: ¿qué hacer? Nuestra fe tiene que pasar a la acción. El discurso convincente sobre Dios no se hace contemplando las estrellas, ni menos a sí mismo, sino mirando a la tierra ensangrentada, la tierra que absorbe la sangre de los hijos de Dios.

1. Necesitamos redescubrir *el atractivo del Evangelio*: el tesoro escondido, la perla preciosa del Reino, que es Jesús mismo.

Buscar el encuentro personal con Jesucristo. La experiencia de Dios, personal, es insustituible.

Esta es una ocasión para plantearnos: cómo debe ser hoy la formación en la fe; las nuevas pedagogías que hoy se necesitan.

2. El amor fraterno, práctico y concreto, es la primera respuesta a la pregunta: ¿cómo hablar de Dios hoy? La parábola del samaritano (Lc 10,29-37) sería un ejemplo muy elocuente en la evangelización necesaria hoy día.

La Iglesia del futuro

¿Cuál es la nueva forma de Iglesia para este tercer milenio? La que quisiéramos crear: una Iglesia humilde y fuerte, libre, abierta a la autocrítica y disponible a su transformación. La situación actual de increencia puede ser un tiempo favorable para crear una forma nueva de vivir nuestra vocación cristiana.

Una imagen de la verdadera Iglesia es la que reflejan muchos hombres y mujeres sin fama, sin prestigio, sin visibilidad en los periódicos. Su presencia pasa inadvertida ante nuestros ojos porque no tienen propiedades ni cuenta en el banco, sin embargo, son nuestros compañeros de camino. Son también peregrinos, como nosotros, y van sembrando amor por todas partes. Con su actitud silenciosa, su paso por el mundo va llenando el ambiente de la fragancia del Evangelio. Hacen el mundo más habitable. Sin palabras, dan con su vida testimonio del verdadero Dios.

Conclusión

Para hablar de Dios hoy es necesario crear un nuevo lenguaje, más poético y simbólico que racional y abstracto, más humano y emotivo que especulativo.

El camino de Emaús es un ejemplo elocuente: escuchar la historia y la palabra de Jesús, vivir con la comunidad, celebrar la eucaristía. Es una invitación a toda teología pastoral a aprender a caminar con los no creyentes de nuestro tiempo, como hace Jesús con aquellos discípulos desanimados. Es un ejemplo bello y poético de una narrativa de hacer el camino interior de reconocimiento del Resucitado que camina con nosotros.

La recuperación de momentos de silencio y de atención a la propia interioridad será una dimensión donde se encuentra la verdadera nutrición espiritual. El viaje hacia la interioridad podrá facilitar la llegada a su climax, que es la fe. Desde ahí podremos expresar con sinceridad la confianza del que ha encontrado el Camino, según las palabras del himno:

Señor, ¿a quién iremos,
Si tú eres la Palabra?
(...) Señor, ¿a quién iremos,
si tu voz no nos habla?
(...) ¿A dónde iremos, dinos,
Señor, si no nos hablas?
¡Verbo del Padre, Verbo
de todas las mañanas,
de las tardes serenas,
de las noches cansadas!
¿A dónde iremos, Verbo,
si tú eres la Palabra?¹²

UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA TORREÓN, A 28 DE OCTUBRE DE 2021

¹² Oficio de lecturas, 7 sept., 2017.

ESTRENAR UN CORAZÓN NUEVO

La conversión: un proceso del Espíritu

Qué es la conversión

En los períodos del año que podemos distinguir como “penitenciales” (tiempos litúrgicos: Adviento, Cuaresma) o en retiros espirituales y jornadas de reflexión, surge espontáneamente el tema de *la penitencia*. Tradicionalmente se entendía como un tiempo propicio para imponernos algunas privaciones o “mortificaciones” externas, pero hoy sabemos que se trata de algo más profundo: buscar un cambio de nosotros mismos escuchando el llamado a mejorar nuestra vida. Tampoco se pretende una transformación heroica. Basta al menos con querer ser mejores. Los ideales muy altos de heroísmo en búsqueda de la perfección suelen fracasar, y dejan una sensación de frustración. Sin negar la validez de una decisión radical, vale más un intento modesto que, aunque pueda parecer “light”, es más conforme con nuestra realidad humana, pobre y limitada, y más realista, más humilde y, por lo tanto, más acorde con el realismo del Espíritu.

A lo largo de la vida, mientras vamos enfrentando los distintos compromisos y preocupaciones de cada día, nuestro camino se va ensombreciendo y a veces parece que perdemos la brújula. Sentimos que nuestros pasos vacilan y se vuelven inciertos. Aunque nuestra orientación fundamental no esté totalmente desviada, reconocemos con sinceridad que es necesario enderezarlo. Debemos “ordenar la vida”.

El tema es muy antiguo en la historia del pueblo de Dios. Podemos rastrearlo ya en la predicación de los profetas:

A. Como un “buscar a Yahvé”:

• *Porque esto dice Yahvé a la casa de Israel: Búsquenme a mí y vivirán!* (Am 5,5).

B. O sencillamente como un franco llamado a la conversión:

• *Por mi vida —oráculo del Señor Yahvé— que yo no me complazco en la muerte del malvado, sino en que el malvado se convierta de su conducta y viva. Conviértanse, conviértanse de su mala conducta. ¿Por qué han de morir, casa de Israel?* (Ez 33,11).

C. Podemos ir directamente al Evangelio. Y abriendo el de Marcos, ya al principio, encontramos la voz del mismo Jesús:

• *El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios ha llegado; conviértanse y crean en la buena noticia* (1,15). Y cuando Jesús envía a los Doce en misión, dice el evangelista: *Los discípulos se fueron a predicar la conversión* (Mc 6,12).

¿En qué consiste, pues, “la conversión”? Si buscamos una respuesta bíblica, podremos decir que es un *regreso a la casa paterna*. Porque la imagen de nuestra vida desordenada —en la teología moral tradicional, diríamos “nuestro pecado”— es descrita en las páginas bíblicas como un *alejarnos de la casa paterna*. Es lo que hace equivocadamente el hijo pródigo de la parábola: reúne una supuesta “herencia” y se va lejos de la casa de su padre a una aventura descabellada que lo va a poner en grave peligro. ¿En qué va a consistir su “conversión”? Precisamente en el regreso. Se trata de un proceso: primero, toma conciencia de su condición miserable, luego reconoce con humildad su error y, finalmente, se decide a regresar.

El proceso

En su conciencia, siente un peso agobiante, como expresan las palabras del salmo: *Pues yo reconozco mi delito, mi pecado está siempre ante mí* (Sal 51,5). Y toma la decisión: ¡regresar!, y una vez delante de su padre, reconocer: *contra ti, contra ti solo pequé, lo malo a tus ojos cometí* (Sal 51,6). No había sido consciente del dolor que había causado a su padre. Ninguna palabra de gratitud de parte suya, ningún gesto que suavizara su partida, que desgarró el corazón del papá. La escena de su ida es tristísima. Pero se decide, finalmente, a regresar. Desde ese momento, comienza a sentir una paz que lo invade, como los efectos de una medicina saludable. Empieza a sentirse perdonado aun antes de encontrarse personalmente con su padre. Y experimenta la dicha que expresa el salmo:

*¡Dichoso al que perdonan su culpa
y queda cubierto su pecado! (Sal 31,1).*

Pero, imaginando diversamente la parábola, ¿qué tal si lo vence el orgullo y decide quedarse e intentar sobrevivir en medio de su miseria? Pudo suceder, como de hecho sucede a otros, que hubiera preferido quedarse lejos, y tal vez morir antes que regresar y aguantar la humillación de reconocer su error delante del padre o de la familia. Pero en la parábola de Jesús subyace un elemento pedagógico fundamental, que se esconde en la narración: además de su situación miserable, algo en el fondo lo mueve y le da confianza para regresar: *conoce a su padre*, y sabe que él no lo rechazará. Si hubiera sido otro tipo de padre, un hombre duro y cruel, como hay tantos, hubiera preferido continuar en la lejanía, sin esperanza, sumido en la tristeza y frustra-

ción. Pero una confianza fundamental anida en su corazón:
¡su padre lo va a perdonar!

Es muy desoladora la situación de dolor que sabemos experimentan muchos jóvenes (y no pocos adultos), que prefieren callar y soportar la tortura que los atormenta con el sentimiento de culpa que han soportado, a veces, durante años. La vergüenza ante un triste suceso del pasado los atenaza. Desgraciadamente, además, en no pocos casos, ha quedado indeleblemente marcada en su conciencia la imagen de un Dios-Juez implacable, y no la del Padre misericordioso, que es la que nos enseña Jesús, y que estas personas, víctimas silenciosas, parecen no haber conocido nunca. Sucumben ante esa imagen terrible de un Dios duro y exigente, porque no se sienten dignos ni siquiera de acercarse a Él. Para vivir la gracia de la conversión, es necesario corregir esa imagen de Dios, y aceptar, finalmente, al Dios de bondad.

El hijo menor se pone en camino. En su proceso, ha habido un punto clave: la decisión de regresar, que supera las posibilidades humanas. Esta decisión de recomenzar se debe, en realidad, no a nuestra capacidad de introspección, sino a la gracia de Dios. La conversión, el cambio profundo de nosotros mismos, es un don, pues se trata de un cambio de “corazón”, hablando bíblicamente. Desde luego que supone, de parte nuestra, acoger ese don. El pecador es llamado a recibir el perdón, pero Dios no puede imponerle su perdón a fuerza. El pecador debe aceptarlo. Y después, ciertamente, agradecerlo, especialmente cuando llega a la convicción de que Dios está siempre dispuesto a perdonar, como celebra la liturgia, con gran aliento para todos: *¡Oh Dios, que nos das la prueba más delicada de tu omnipotencia en perdonar...!* Las palabras del salmo señalan la confianza que

vivía el pueblo de Israel en Dios, que tiene “entrañas de misericordia”:

*Si retienes las culpas, Yahvé,
¿quién podrá resistir?
Pero el perdón está junto a ti... (Sal 130,3-4).*

¿Qué es, en realidad, lo que nos mueve a decidarnos a “regresar a la casa paterna”? Más que nuestra situación de desgracia, pesa la bondad de Dios. San Pablo, denunciando el error de los que juzgan a los demás, argumenta con la misma verdad: *¿O desprecias, tal vez, sus tesoros de bondad, paciencia y tolerancia, sin reconocer que esa bondad de Dios te impulsa a la conversión?* (Rom 2,4). La frase paulina recuerda espontáneamente las palabras de aquel otro salmo dedicado a cantar el amor de Yahvé:

*Yahvé es clemente y misericordioso,
lento a la cólera y lleno de amor;
no se querella eternamente,
ni para siempre guarda rencor;
no nos trata según nuestros yerros,
ni nos paga según nuestras culpas (Sal 103,8-10).*

Frases que recuerdan la invocación de Moisés, del Nombre de Yahvé, que registra el libro del Éxodo. Sus palabras contienen tal vez la mejor descripción del Dios de Israel, siendo imposible definirlo:

Yahvé pasó por delante de él y exclamó: “Yahvé, Yahvé, Dios misericordioso y clemente, tardo a la cólera y rico en amor y fidelidad, que mantiene su amor por mil genera-

ciones y perdona la iniquidad, la rebeldía y el pecado... (Ex 34,6-7).

La vida en el Espíritu

Pero sucede con frecuencia que nuestro nivel de vida cristiana se ha quedado en la superficie. Parece que hemos sido bautizados sólo “con agua”, como había anunciado el Bautista: *Yo los he bautizado con agua, pero él* [refiriéndose a Jesús] *los bautizará con Espíritu Santo* (Mc 1,8). En occidente nos hemos contentado con una vida creyente centrada en prácticas externas en las que ha faltado el espíritu. Hemos estado practicando una religión de cumplimiento de normas, de satisfacción de leyes, de apariencias, aunque sean revestidas de religión. No hemos sido verdaderamente bautizados “en Espíritu”, porque no hemos aprendido a vivir la relación con Dios en el amor. Nos ha faltado la sensibilidad del espíritu, la escucha atenta a la voz que nos llama a cambiar de mente y corazón.

La conversión supone un proceso largo y difícil. Normalmente, se suponen años de esfuerzo paciente y perseverante. Ser creyente no se consigue en un día. Supone mucho trabajo del Espíritu Santo, que necesita de nuestra cooperación. La promesa de Dios es esperanzadora, pues por medio del profeta ofrece algo que parece humanamente inalcanzable:

Yo les daré otro corazón y pondré dentro de ellos un espíritu nuevo: arrancaré de su cuerpo el corazón de piedra y les daré un corazón de carne, a fin de que sigan mis preceptos y observen mis leyes, poniéndolas en práctica. Así ellos serán mi Pueblo y yo seré su Dios (Ez 11,19-20).

Pero ha sucedido algo que estamos encontrando todos los días en estos últimos años: la oleada de un secularismo arrollador, que, como una epidemia, nos ha invadido y ha ido erosionando, y en algunos casos, casi eliminado, lo que quedaba de vida creyente en muchos de nuestros contemporáneos. Viven “alejados”, pero prácticamente inconscientes de su situación. Y no sienten ya el vacío que va dejando en su corazón esa lejanía de Dios, sencillamente porque se han acostumbrado a vivir sin Dios. Dramáticamente, Dios ha quedado fuera de su ámbito vital. Por tanto, la pregunta sobre la lejanía y del necesario regreso ni siquiera se plantea.

El encuentro con el Señor

Si para llegar a la conversión auténtica no podemos contentarnos con el cumplimiento externo de las normas, ¿qué falta? Dar el paso hacia la fe verdadera, que está más allá de la aceptación de verdades y dogmas. El paso necesario es hacia un encuentro personal precisamente con el Señor Jesús. Mientras él siga siendo un personaje, por más importante que sea, pero alguien externo a nosotros, como el Maestro de la nueva ley, no hemos entrado en el ámbito del creyente. Lo haremos en el momento en que el Señor Jesús haya comenzado a ser una persona viva y actual en nuestra vida, con la cual hemos ido estableciendo una verdadera amistad.

Pero nadie hace amistad con una idea, por grande que sea. Tenemos que descubrirlo como amigo: *A ustedes los he llamado amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre se lo he dado a conocer* (Jn 15,15). Para conocer lo que Jesús “ha oído de su Padre” tenemos que escuchar lo que él vino a decirnos. ¿Dónde? En la palabra que nos dirige y que en-

contramos en la Sagrada Escritura, particularmente en su Evangelio, aunque no sólo. Por ejemplo, son elocuentes las palabras del Apocalipsis: *Ten en cuenta que estoy a la puerta y llamo; y si alguno oye mi voz y me abre, entraré en su casa y cenaremos juntos los dos* (3,20). Tenemos que estar atentos para escuchar su llamado y abrirle apenas toque. Entonces, escuchándolo, comenzaremos a ser sus discípulos, estaremos entrando en el proceso de conversión.

En este camino de crecimiento, como *discípulos*, vamos aprendiendo a ser enseñados, es decir, a ser conducidos por el Espíritu, para vivir como hijos de Dios, según las palabras de Pablo: *todos los que se dejan guiar por el Espíritu de Dios son hijos de Dios* (Rom 8,14). Dejarse conducir por el Espíritu supone una sensibilidad y delicadeza interior, que ayudan al creyente a ser discípulo de Jesús. En su discurso de despedida, hablando del Paráclito que él enviaría a los suyos, decía: *Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, los guiará hasta la verdad completa* (Jn 16,13).

Quien reciba la gracia de vivir, finalmente, este encuentro personal con el Señor, recibe el don de encontrar el tesoro escondido del que habla el Evangelio:

El Reino de los Cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo. Cuando alguien lo encuentra, vuelve a esconderlo y, de tanta alegría que le da, va, vende todo lo que tiene y compra el campo aquel (Mt 13,44).

Para recibir este don del encuentro con el Señor es necesaria la actitud del que se sabe necesitado. Un corazón soberbio, arrogante y lleno de sí mismo, está bloqueado, pero un espíritu sencillo y abierto está preparado, como hace ver Pagola:

Muchos encontrarán a Dios, si saben pasar de una actitud de defensa respecto a Él, a una de acogida; del tono arrogante a la oración humilde; del miedo al amor; de la autocondena a recibir su perdón. Y todos daremos más espacio a Dios si lo buscamos con corazón simple.¹

En realidad, es el camino que Dios ha tenido preparado para nosotros desde siempre, según nos ayuda a ver san Pablo: *Dios nos ha elegido en Él antes de la fundación del mundo, para que vivamos ante Él santamente y sin defecto alguno, en el amor* (Ef 1,4). No se trata de un hallazgo o de una decisión personal reciente. Es el proyecto de Dios para nosotros, desde “antes de la fundación del mundo”.

La dimensión social

Hay todavía otro aspecto importante en este proceso de transformación: la dimensión social. Nuestro modo de vivir debe ser tal que ilumine, que irradie luz para los demás: *Brille así su luz delante de la gente, para que los demás, viendo sus buenas obras, glorifiquen a su Padre que está en los cielos* (Mt 5,16). Todos necesitamos ver en otros una forma concreta de vivir que refleje en vivo, como testimonio, el Evangelio de Jesús. Sabemos que los ejemplos nos impactan, sencillamente “nos arrastran”. Él mismo enseña a sus discípulos a observar y a ser sensibles a las necesidades y sufrimientos de los que nos rodean. Es sensible a las necesidades humanas de alimento, comprensión, compañía, perdón, y al sufrimiento de tanta gente, particularmente los enfermos y los marginados de aquella sociedad. En este proceso, aun-

¹ J. A. PAGOLA, *La via aperta da Gesù, 2 Marco* (orig. *El camino abierto por Jesús. Marcos*), Desclée de Brower, Bilbao 2011, p. 18.

que hablemos de cambio personal, no basta la búsqueda del perfeccionamiento de sí mismo, como si estuviéramos solos en el mundo. Nos transformamos transformando.

Precisamente la desviación que una y otra vez denuncian los profetas en el pueblo es el olvido de los pobres, la concentración del interés en sí mismo. El pecado, para la Biblia, es principalmente el *pecado social* descrito como agresión a los prójimos, sobre todo a los más débiles. Es intolerable ante Dios el abuso contra los pobres, las viudas y los niños, grupos que representan a los indefensos del mundo. Con ellos se identifica el Señor: *Les aseguro que cuanto hicieron a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicieron* (Mt 25,40). Por eso, no puede haber ninguna conversión auténtica que no tenga en cuenta el sufrimiento de los pobres.

La historia de las grandes conversiones nos enseña cómo estos hombres y mujeres (los santos), llegaron, finalmente, a esta decisión: dedicar la vida y los propios recursos a servir a los predilectos de Dios. Así es como han nacido escuelas, proyectos sociales, hospitales, asilos; o bien, una mayor dedicación a la propia familia, o el compromiso con una misión en el extranjero. Siempre acciones que responden a la pregunta: ¿qué debo hacer por Cristo, que me ha perdonado y me ha llamado a su servicio?

Los “justos”

Podemos encontrar el caso de una persona aparentemente buena, siempre en paz y armonía, “sin problemas”, la de alguien que permanece “en la casa paterna”, y que no siente la necesidad de cambio alguno. Aparentemente, en su vida, todo está en orden. Pero surge la pregunta inmediatamente por lo auténtico de tal estilo de vida: ¿se queda en la casa familiar para evitar problemas, para no correr riesgos ni com-

prometerse con nadie?, ¿o vive realmente buscando el servicio a los demás? Desgraciadamente, es la situación de quien no siente ninguna necesidad de conversión. Se considera “justo” porque no entra en problemas con nadie, aunque no haga nada por los demás, sino lo estrictamente necesario.

Es el caso del hermano mayor de la parábola del hijo pródigo: ha permanecido siempre en casa, pero no solamente no se alegra ni festeja el regreso de su hermano, como hace admirablemente el padre: se llena de ira y envidia. ¿No tendremos este tipo de casos en la comunidad creyente (la Iglesia), en gente que se considera “en orden”, que hace oración “de pie, adelante en el templo, diciendo: ‘Gracias, porque yo no soy como los demás hombres: rapaz, injusto y adúltero; ni tampoco como este publicano’” (Lc 18,11)? Es la situación conocida como “tibieza espiritual”, de tal manera aborrecible que provoca ser “vomitado” por Dios, en palabras del Apocalipsis (3,16).

Conclusión

Tal vez en nosotros mismos brote espontáneamente otra pregunta: “Y yo, ¿de qué tendría que convertirme? ¿Qué aspecto o aspectos de mi vida necesitan una corrección en el rumbo que van llevando?” Examinando nuestra situación, vemos con sinceridad la gran carencia con la que hemos vivido, como muchos hombres y mujeres de nuestra generación: la ignorancia del Evangelio, con la triste consecuencia de la ignorancia de la persona de Jesucristo y la Buena Nueva de Dios. Y si no hacemos algo, seguiremos siendo un número más en la lista de los “católicos”, pero sin pertenencia real al grupo de los discípulos de Jesús.

Si queremos enderezar nuestros pasos, pensando no sólo en *evitar los pecados* (posición moralizante de la con-

versión), sino en comenzar una existencia más inspirada e inspiradora, luminosa, alegre, servicial, entonces el camino es conocer al Señor Jesús, cultivar una amistad con él, precisamente desde la inspiración de su Evangelio. Tenemos que decidirnos a abrir sus páginas, a leerlo, meditarlo y aprender a orar con y desde sus palabras.

La conversión, por tanto, llevada a su realización completa, no se contenta con “evitar el mal”, sino que, con una ambición mayor, procura una vida más plena, de mayor satisfacción personal, que se refleje en la práctica de las obras de misericordia, criterio último y definitivo de la identidad de los hijos de Dios. Y llegamos, sin esperarlo tal vez, a la convicción de que la reflexión sobre la conversión, más que concentrarnos en el esfuerzo humano, nos lleva a explorar y descubrir con más profundidad el misterio de Dios que nos ofrece, una y otra vez, sus tesoros de misericordia y bondad.

UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA TORREÓN, FEBRERO DE 2022

LA DIMENSIÓN DE LA ALEGRÍA

El mundo actual

No se necesita una observación aguda de nuestro mundo actual para descubrir inmediatamente a tanta gente deprimida y triste, que parece avanzar por la vida, como a más no poder, sin esperanza. Externamente, pueden dar la impresión de estar bien, como ellos dicen. Pero no es difícil adivinar que no es así. Su interior está tan contaminado que refleja tristeza. Parece un pasillo oscuro, invadido de telarañas.

Desgraciadamente, las razones de esta situación afloran: por todas partes, amenazas de violencia, quejas continuas sobre la corrupción política, la inseguridad, la desocupación, la carestía de la vida, dificultades en el matrimonio, enfermedades... “¿Cómo no va uno a sentirse mal?”, puede ser la respuesta espontánea. Por eso encontramos caras largas, respuestas secas, cortantes, conversaciones sin humor, matrimonios aburridos.

La sociedad tecnológica de nuestros días ha logrado aumentar los niveles de diversión y de placer, propiciando intensamente la llamada *cultura del entertainment*. Pero no ha sido capaz de engendrar la verdadera alegría, porque esta es una dimensión espiritual que está más allá de la mera tecnología. Muchas diversiones, multiplicadas hoy al infinito, dejan el corazón vacío. ¡Qué triste experiencia encontrar jóvenes desanimados, caminando sin rumbo! Sencillamente, no encuentran satisfacción a sus deseos. Acallan como pueden su sed de compañía y tratan de llenar su vacío interior

con diversiones estrepitosas que los dejan en condiciones desoladoras.

Es hora de plantearnos, pues, la pregunta: ¿dónde encontraremos esta plenitud que buscamos, a veces inconscientemente? Sentimos vivamente su carencia. Necesitamos una fuerza interior, una experiencia de vida nueva. ¿Dónde y cómo encontraremos esa energía que nos renueve y nos anime?

LA EXPERIENCIA DE CRISTO RESUCITADO

Una experiencia desconocida

Subrayo lo de “experiencia”. No se trata de un tratado filosófico o teológico, por más elaborado que sea. Nos hace falta algo que *conmueva*, que nos haga *arder el corazón*. Es hora ya de abrir el corazón y recibir el anuncio de la Pascua: “¡Cristo ha resucitado!” Un anuncio dirigido a nosotros. Y no olvidemos el adverbio importantísimo: “ha resucitado *verdaderamente*”.

Sin embargo, hemos de reconocer, con realismo y humildad, que el Misterio de la Resurrección, el centro de nuestra fe, la celebración más importante del año, ha tenido escaso lugar en nuestra conciencia de creyentes. Hasta hace pocos años, en nuestra práctica litúrgica, se celebraba la Cuaresma, y ya. Todo terminaba con el “Sábado de Gloria”. ¿Y la Pascua? No se sabía bien a bien qué cosa era. Si acaso, se iba a misa el Domingo de gloria. Pero no se sabía casi nada del Tiempo Pascual.

Poco a poco, gracias a la nueva conciencia que se ha ido ganando, por el influjo inspirador del Concilio Vaticano II, se ha ido avanzando en el conocimiento y aprecio del Misterio Pascual. Pero estamos todavía lejos de este misterio central en cuanto a su celebración e incorporación en nues-

tra vida cristiana. Se ignora qué es la Pascua, qué significado tiene para nosotros.

La Resurrección de Jesús, fuente de nuestra alegría

El efecto que causó a los discípulos haberse encontrado con Cristo vivo, resucitado, fue siempre de alegría: *Los discípulos se alegraron de ver al Señor*, escribe el evangelista Juan (Jn 20,20), después de que Jesús se presenta delante de ellos, que estaban encerrados, llenos de miedo. Será la experiencia tan repetida en personas y comunidades, que van viviendo el encuentro con el Resucitado, a través de sus testigos, que les van abriendo las puertas de la fe. El Espíritu Santo, don del Resucitado, despierta en el corazón el gozo profundo de aquel que se sabe perdonado. De diferentes maneras, el libro de los Hechos de los Apóstoles testimonia esta experiencia de los primeros cristianos al irse encontrando con el Resucitado:

- *La Iglesia estaba en paz por toda la Judea, la Galilea y la Samaria; crecía y caminaba en el temor del Señor, llena del consuelo del Espíritu Santo... Los discípulos estaban llenos de alegría y del Espíritu Santo* (Hech 9,31; 13,52).
- *Ellos marcharon de la presencia del Sanedrín, alegres por haber sido considerados dignos de sufrir ultrajes por el Nombre* (Hech 5,41).
- *Felipe bajó a una ciudad de Samaria y les predicaba a Cristo... Y hubo una gran alegría en aquella ciudad* (Hech 8,5.8).
- *Al oír esto, los gentiles de Antioquía de Pisidia, se alegraron* (Hech 13,48).
- *Los discípulos quedaron llenos de gozo* (Hech 13,52).

El evangelio de Juan resalta el anuncio de Jesús referente a su regreso, al final de los tiempos, y el gozo que despertará es tal que nadie lo podrá quitar a sus amigos: *Volveré a ustedes y su corazón se regocijará y el gozo que entonces experimentarán nadie se los podrá arrebatarse... Pidán y recibirán, y su gozo será completo* (Jn 16,22-24).

Jesús resucitado es alguien que ha vencido a la muerte. Nunca se había sabido de ningún hombre que hubiera venido a nuestro mundo, que se presentara vivo, después de haber sido asesinado. Es el primero en regresar de la muerte y cruzar esa frontera. Y se dedica a consolar, a dar la paz, a ofrecer seguridad y confianza a los suyos. Dondequiera que se presenta, dice: *La paz esté con ustedes* (Jn 20,19,21). Al corazón inquieto de los suyos les trae lo que todos tanto anhelamos: el don de la paz. Ya él había dicho en aquella noche de despedida: *Les dejo la paz, mi paz les doy, no se la doy como la da el mundo* (Jn 14,27). Por eso, san Ignacio, en sus Ejercicios, contempla a Cristo resucitado, y observa: “mirar el oficio de consolar que trae Cristo nuestro Señor, comparando cómo un amigo suele consolar a otro” (EE 224). En realidad, el mundo no puede dar la verdadera paz. Sus promesas de felicidad son siempre simulacro y banalidad.

El temor a la muerte es algo que desde siempre se anida en el corazón humano. Actualmente, incluso, se evita el tema en las conversaciones. Y se intenta alargar la vida todo lo posible, con toda clase de programas del cuidado de la salud. Pero en el fondo persiste el temor a la muerte. Por eso, la resurrección de Jesús, como contraste, es una garantía de vida para todos nosotros. ¿Cómo no va a darnos confianza aquella petición de la llamada “oración sacerdotal” de Jesús, cuando ora por los suyos, en la víspera de su pasión: *Padre, deseo que los que tú me has dado estén también*

conmigo allí donde yo esté, para que contemplen la gloria que me has dado (17,24).

La resurrección de Jesús inspira un estilo de vida en la serenidad y la confianza, porque nos ofrece la seguridad de una presencia amorosa, como había prometido el mismo Jesús: *Y estén seguros de que yo estaré con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo (Mt 28,20).*

¿Cómo dejar pasar inadvertido este gran Misterio, en nuestra vida, como si Jesús no hubiera resucitado? Pablo nos recuerda que, por el bautismo, hemos sido incorporados a la muerte de Jesús. Más aún, hemos sido sepultados con él, para que, así como Cristo fue resucitado por la obra magnífica del Padre, así nosotros podamos conducir una novedad de vida. Pablo supone que somos conscientes de nuestra nueva realidad de bautizados, que hemos aceptado con gratitud nuestro bautismo, y por eso afirma: *Si hemos resucitado con Cristo, busquemos las cosas de arriba... Aspiren a las cosas de arriba, no a las de la tierra (Col 3,1-2).* Sabemos que la expresión “las cosas de arriba” no ha de entenderse como una categoría física, sino teológica: aspirar a las cosas del Espíritu, los valores del Evangelio, y no quedarnos atrapados por los bienes de este mundo. Quien así vive, comienza a manifestar espontáneamente una forma de vida diferente, que refleja una existencia iluminada por una luz especial: la de Cristo resucitado, que vive en su corazón.

Los reflejos de la Resurrección

Como la vida del bautismo, en el creyente maduro, se refleja en los dones del Espíritu, del mismo modo la fe en el Resucitado se manifiesta en un estilo de vida que da a conocer la *novedad de vida* que él nos trae. Se trata precisamente de las *dimensiones de la Resurrección* en el cristiano: un conjun-

to armónico de virtudes que expresan una riqueza interior. Cristo resucitado está ahí, como en su santuario, y se va manifestando en actitudes, en servicios, palabras y gestos que denotan “las cosas de arriba”. ¿Cuáles son esas virtudes que reflejan al Resucitado en la vida humana?

La paz interior

Imposible vivir contento cuando la conciencia está intranquila. De un corazón reconciliado fluye espontáneamente la sonrisa sincera, la que nace de lo profundo de nosotros mismos. No es ficticia, como la de los rostros que sonríen “para salir en la foto”. Es increíble que mientras los adelantos tecnológicos, en la sociedad occidental, han hecho avanzar la duración de la vida humana (mejorías alimenticias, cuidados médicos, acceso a la educación), al mismo tiempo es una realidad la marcada insatisfacción en tantos deprimidos de hoy. Además, la mayor parte de la humanidad no tiene acceso a estos adelantos y carece de lo más indispensable para una vida humana.

El silencio

No hay hombre notable en la historia humana que no tenga como explicación de su grandeza haber vivido grandes períodos de silencio y soledad, porque es ahí donde se escucha la voz interior, la voz del Espíritu. Desgraciadamente, el hombre contemporáneo parece tenerle pánico, y huye de él. Es en el silencio donde madura la persona y se prepara a la experiencia de la alegría interior.

Ya Thomas Merton, el monje trapense, decía, a propósito del silencio, que el estrépito y el griterío de la sociedad moderna expresaba verdaderamente su ateísmo y desesperación. Nos puede suceder, si nos asociamos a ese ruido

destructor, que nos sentimos expulsados del paraíso del silencio. Joan Chittister, al escribir sobre el tema, dice: “El silencio es el arte perdido de esta sociedad. Los alaridos han reemplazado a la razón, la fuerza ha sustituido a la diplomacia. Los gritos han reemplazado a la conversación como pauta elegida para la comunicación familiar”.¹

El silencio no consiste sólo en la ausencia de ruido, sino en aprender a acallar el ego. Cuando disminuye el ego, aflora el amor que llevamos dentro y que podemos ayudar a madurar.

La contemplación

Es hermana del silencio. Y aquí se coloca *la oración*, en sus múltiples formas, como formando parte del “campo semántico”² de la alegría. “La guía para el creer genuino —dice Ravasi— es la vía de la oración en todas sus múltiples iridiscencias (variedades de color). Orar es también un arte, un ejercicio de belleza, de canto, de liberación interior”.³ En el terreno de la oración debemos considerar, de una manera especial, la oración del pueblo de Dios, que a lo largo de los siglos ha inspirado y alimentado su fe: los salmos, verdadera pedagogía de esta dimensión. El creyente, que vive en paz y en armonía, ora espontáneamente, en cualquier circunstancia. Es el caso de quien ha aprendido a *encontrar a Dios en todas las cosas*. Esta es la dimensión contemplativa de la vida cristiana.

¹ Joan CHITTISTER, *Doce pasos hacia la libertad interior*. Retorno a la humildad. Santander, Sal Terrae, 2005.

² Campo semántico: un conjunto de palabras que se relacionan entre sí en torno a un elemento de significado común.

³ Gianfranco RAVASI, *L'Incontro. Ritrovarsi nella preghiera*. Mondadori, Milano, 2013, 5-6.

La escucha

El hombre superficial oye, pero no escucha. Escuchar supone atención, delicadeza, olvidarse por un momento de los propios pensamientos y preocupaciones, y ofrecer la atención a la persona que nos habla. Supone, por tanto, madurez, en pocas palabras: caridad cristiana, capacidad de amar. Es un arte raro. “Para oír, basta el tímpano, para escuchar, el corazón”, escribe Martín Descalzo. ¡Cuántas veces hemos comprobado que personas que habían venido a pedir un consejo se van contentas, sin haber recibido ninguna respuesta de parte nuestra! Lo que buscaban, quizá sin saberlo, era sencillamente ser escuchadas, encontrarse con una persona atenta. En su reciente encíclica, *Fratelli tutti*, el papa Francisco habla sobre “La práctica de la gentileza” (n. 224).

Aquí podríamos recordar la importancia de escuchar, en la oración. Sabemos que, en esta dimensión tan decisiva en nuestra existencia, lo más importante no es hablar, sino precisamente escuchar al Espíritu.

La sencillez de vida

El estilo sofisticado, que se envuelve de presunción y consumismo, acaba por distraer el corazón y volverlo insensible a las necesidades de los demás, incapaz de profundidad y, por tanto, pobre de alegría. El consumismo actual ha propiciado un tipo de persona ciega a la situación de un planeta herido, que amenaza con reacciones violentas que traerán destrucción a la comunidad humana, como se está demostrando. El hábito de comprar sin verdadera necesidad, simplemente porque “estaba en oferta”, refleja dicha falta de conciencia. La atención excesiva a la apariencia, al estilo de vida sofisticado y presuntuoso, refleja un profundo egoísmo; es un

signo de la vida complicada e inútil de no pocos contemporáneos nuestros.

La humildad

Conocer y reconocer nuestra realidad, aceptar agradecidos nuestra dependencia de Dios y de los demás, es un secreto de la serenidad y de la paz profunda del corazón. El corazón pacífico es humilde. Va hermanado con la gratitud, con la confianza en Dios, en sí mismo y en los demás. Es un corazón en el que palpita la alegría del Evangelio.

La persona humilde nunca destroza a nadie ni humilla con sus palabras. “Una persona humilde maneja la presencia de los demás con mano suave, corazón tierno y mente abierta”,⁴ dice Joan Chittister. Al reflexionar sobre los frutos de la humildad, la misma autora escribe: “La humildad dilata la mente para escuchar el ruido de nuestro interior que debe ser acallado. La humildad nos pone en sintonía con la sabiduría exterior a nosotros que debe ser aprendida. La humildad nos salva de anegar nuestro corazón en el ruido de nuestra propia confusión”.⁵ La persona humilde brinda una presencia tranquila y amable, que inspira confianza en el ambiente en que se mueve.

La esperanza

Una virtud hoy muy necesaria. Parece que el mundo la ha olvidado y, sin saber, la necesita con urgencia: tener un motivo para continuar la lucha diaria, sin perder de vista el horizonte siempre abierto, a pesar de los nubarrones que puedan oscurecer el panorama.

⁴ J. CHITTISTER, *op. cit.*, 79.

⁵ J. CHITTISTER, *op. cit.*, 83.

Sólo el corazón pobre sabe conservar viva la esperanza, porque reconoce que solo no puede superar las dificultades. Entonces espera. Por eso, los pobres, los que no tienen medios de subsistencia ni defensores, aprenden a poner su confianza en el Señor.

El que vive en esta dimensión puede decir como Pablo: “Todo lo puedo en Aquel que me da la fuerza” (Flp 4,13), porque las energías del Resucitado actúan en él y le dan una gran confianza en cualquier situación.

El ministerio de Pablo podría ser caracterizado como “ministerio de la alegría”, un modelo para quienes pretendemos servir al Señor.

Si la sociedad tecnológica ha podido multiplicar los placeres, parece haber escondido la verdadera alegría. Nadie da lo que no tiene.

La gratitud

Reconocer los bienes recibidos y agradecerlos ayuda a fomentar el optimismo, a poner atención en los frutos conseguidos, y no sólo en los defectos. La gratitud es virtud del corazón noble, capaz de reconocer los bienes recibidos. Es profunda y elocuente la frase atribuida al filósofo chino Lao-Tse: “El agradecimiento es la memoria del corazón”. La oración tan importante, en la espiritualidad ignaciana, el Examen de Conciencia, comienza con el agradecimiento al Señor por los bienes que nos concede. El filósofo alemán Martín Heidegger escribió la frase “Denken ist Danken” (pensar es agradecer): el simple hecho de tomar conciencia nos lleva espontáneamente a agradecer.

Lo que indica este conjunto de dimensiones es en realidad la santidad para nuestros días, una llamada a revelar

su fuente: el Espíritu Santo, dando testimonio cada vez más directo de su presencia y de su acción.

La Resurrección, experiencia gratuita y necesaria

Olivier Clement, al escribir sobre el tema, dice que la alegría irrumpe en lo concreto de nuestra realidad para aliviar nuestra fatiga y nuestros límites,⁶ pero al estilo de Jesús, es decir, toca nuestro corazón sin imponer nada, simplemente para invitarnos.

Para nosotros no existe la alegría sin la Resurrección, que celebramos y renovamos cada domingo, que une la Pascua y la Parusía. La eucaristía dominical hace presente el mensaje de Isaías:

Preparará el Señor de los ejércitos, para todos los pueblos, en este monte, un banquete de manjares grasos, un banquete de vinos excelentes, de alimentos succulentos, de vinos refinados. Él arrancará sobre este monte el velo que cubría la faz de todos los pueblos y la cobertura extendida sobre todas las naciones. Eliminará la muerte para siempre. El Señor Dios enjugará las lágrimas de todo rostro (Is 25,6-8).

Nosotros envejecemos. Es el destino del hombre exterior. Pero el hombre interior, pascual, palpita dentro de nosotros. Nuestro corazón anhela la alegría de la Pascua. En cuanto a la muerte, la nuestra y la de nuestros seres queridos, es percibida por nosotros como un paso, una vía de resurrección. En la Pascua, la vida verdadera viene a nosotros. El alma se convierte en sonrisa, emoción, amor, ternura, sensibilidad y vida en estado puro.

⁶ O. CLEMENT, *Joie de la Résurrection*. París, 2015.

Si los hombres sufren de soledad, aunque habiten en grandes ciudades necesitan el anuncio de la Pascua en la que Jesucristo inaugura sacramentalmente una nueva era. El mejor modo de prepararse a la muerte es ser de veras seres vivientes, de corazón renovado, transformados: de “corazones de piedra” que éramos, transformados ahora en “corazones de carne”.

La alegría cristiana es *escatológica*, es decir, motivada por el hecho de que el Señor vendrá de nuevo. Nuestra mirada, centrada en él, no se cierra en las realidades transitorias. Si nuestro futuro es promisorio, esperanzador, ¿por qué no tenerlo presente? Cuando el profeta Isaías contempla ese tiempo nuevo que nos espera, expresa una serie de frases sumamente luminosas. Por ejemplo: *Enjugará el Señor Yah-veh las lágrimas de todos los rostros* (Is 25,8).

Conclusión: de la alegría al amor

Todas estas dimensiones quedarían incompletas si no añadiéramos la más importante: el amor. *Si no tengo amor* —escribía san Pablo— *soy como un metal que resuena; aunque hablara las lenguas de los ángeles..., si no tengo amor no soy nada* (1 Cor 13). Es lo más importante de la vida, una dimensión que va siempre junto a la alegría, como su clima, el origen de la paz y del verdadero gozo del corazón.

Todos los mandamientos se sintetizan en uno: el amor fraterno: *En esto conocerán todos que son mis discípulos: en que se tienen amor los unos a los otros* (Jn 13,35). A propósito de esta síntesis, escribió Pablo, en la principal de sus cartas:

Pues el que ama al prójimo ha cumplido la ley. En efecto, lo de “No adulterarás, no matarás, no robarás, no codiciarás” y

todos los demás preceptos, se resumen en esta fórmula: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”. La caridad no hace mal al prójimo. La caridad es, por tanto, la ley en su plenitud (Rom 13, 8-10).

No podemos dejar de mencionar aquí el texto extraordinario sobre el amor en 1 Juan 4,7-21. La práctica del amor, desde la persona que ama, es como “la fragancia del perfume que llena la casa” (Jn 12,3), es la transformación de un ambiente que se vuelve humano y amable. Sobre el tema del amor podríamos extendernos todavía, pero sería algo desproporcionado a los límites de esta exposición.

La caridad es la atmósfera donde finaliza y florece la alegría. Por eso, después de invitar a la alegría, Pablo recomienda que la delicadeza (*gentleness*) de los filipenses sea conocida a todos los hombres, que tiene manifestaciones en virtudes como la mansedumbre, la benevolencia, la moderación, la cortesía, la bondad, la paciencia, el no mostrarse coléricos, fácilmente irritables. Es una afabilidad opuesta a toda violencia e intolerancia.

Para concluir, oigamos a Karl Rahner, desde su obra *Encuentros con el silencio*, dialogando con Dios, a propósito del tema del amor:

Sólo en el amor puedo encontrarte, Dios mío. En el amor, las puertas de mi alma se abren de par en par, y me permiten respirar un aire nuevo de libertad y olvidar mi propio yo mezquino. En el amor, todo mi ser escapa de los rígidos confines de la estrechez y ansiosa afirmación de sí, que me hace prisionero de mi propia pobreza y vacío. En el amor, todos los poderes de mi alma fluyen hacia ti, queriendo no regresar más, sino perderse a sí mismos to-

*talmente en Ti, puesto que por Tu amor Tú eres el centro íntimo de mi corazón, más cerca de mí que yo mismo.*⁷

UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA TORREÓN, PASCUA DE 2022

⁷ K. RAHNER, *Encounters with Silence*. Westminster, Newman Press, 1960.

ÍNDICE

PRÓLOGO

Zaide Patricia Seáñez Martínez

• 5 •

“¿No sentíamos arder el corazón?”

• 9 •

La aventura de ser creyente

• 19 •

Estrenar un *corazón nuevo*

• 35 •

La dimensión de la alegría

• 47 •

El fluir de la Palabra. Conferencias 2021-2022, libro de Mario López Barrio, SJ, fue reimpresso en abril de 2024. La edición estuvo al cuidado del Centro de Difusión Editorial de la Universidad Iberoamericana Torreón.

Frente a la indiferencia, frente al desapego y la falta de interés por los problemas de la humanidad, se levantan como diques el Espíritu y la reflexión. Pensar el mundo, indagar en el deterioro cosificante de la realidad es un imperativo hoy ineludible. Lo contrario, caminar a ciegas por la vida, sólo garantiza mayores estropicios a la condición humana, un inevitable naufragio en los abismos de la sinrazón y la desesperanza. *El fluir de la Palabra*, libro de Mario López Barrio, SJ, postula con serena inteligencia la necesidad de ahondar en la fe como respuesta al vacío y el derrotismo. En sus cuatro ensayos nos invita a recuperar la vivencia de Dios, a vincularnos con la Palabra bíblica, a no tropezar en el descreimiento o la “tibieza espiritual”, a experimentar una conversión que nos renueve el alma y nos permita avanzar con alegría por el camino de la justicia. *El fluir de la Palabra* encara, en suma, un desafío ingente en estos tiempos de penumbra: alentarnos a retomar, con humildad, el camino salvífico de la fe y del amor.